



Cristián Nanzer*

Apuntes sobre el cuerpo de la ciudad

* Arquitecto. Profesor titular de arquitectura e investigador de la Universidad Nacional de Córdoba.

La ciudad es el lugar de las promesas.
John Berger

El camino puede y debe ser exclusivamente la escuela, en todos sus niveles, en todas sus ramas, y la escuela, cualquier escuela, debe educar para construir la ciudad como forma sensible de la civilización.
Giulio Carlo Argan

Una ciudad es un plano de asfalto con algunos puntos calientes de intensidad y consumo.
Rem Koolhaas

La ciudad: la forma sensible de la civilización

La ciudad representa la construcción colectiva más acabada de la civilización, es la forma suprema de la historia. No hay política sin la ciudad, no hay existencia de la historia sin la historia de la ciudad; como expresara Giulio Carlo Argan (1983/1984), la ciudad es la forma sensible de la civilización.

La comprensión de la dimensión histórica de la ciudad da pautas y lineamientos para la explicación de los fenómenos contemporáneos, posibilita la lectura de procesos y rupturas, de repeticiones y singularidades, de mutaciones y permanencias. La ciudad entendida como construcción histórica nos muestra en el espacio los distintos estratos de tiempo que consolidó el magma de los acontecimientos. En su *Autobiografía científica* (1981/1998), Aldo Rossi dice:

siempre he afirmado que los lugares son más fuertes que las personas, el escenario más que el acontecimiento. Esa posibilidad de permanencia es lo único que hace al paisaje o a las cosas construidas superiores a las personas.

La ciudad en tanto expresión de una acción colectiva es una obra por definición inacabada; el hombre hace a la ciudad, mientras la ciudad da forma y sentido al hombre que la habita. El hombre –en el siglo XX y lo que va del XXI– ha hecho de la ciudad un mundo que le es propio y ha reducido peligrosamente la heterogeneidad y la diversidad del mundo al concepto de una única ciudad planetaria. La experiencia urbana se multiplica, lo abarca todo, es un archipiélago creciente y orgánico, sincronizado virtualmente y en constante expansión.

Sin embargo, no toda aglomeración urbana es una ciudad: hay un sentido original y político en el nacimiento de la ciudad como aquel espacio de construcción colectiva que otorga ciudadanía –es decir, derechos y responsabilidades– a los hombres que lo habitan, el lugar de la concepción política de lo colectivo, de la solidaridad y también del conflicto, el lugar donde un hombre tiene hasta el derecho de transformar radicalmente esa misma ciudad si sus ideas son compartidas por la mayoría y trasuntan en voluntad colectiva.

¿Ciudad o aglomeración urbana? Hoy más que nunca, esta dicotomía pone en juego los valores y el sentido de la civilización urbanizada. Hay quien dice que gran parte de la población del planeta no vive en ciudades, sino en extensas periferias urbanizadas, anónimas y lejos de los derechos que otorga la ciudadanía.

El derecho a la ciudad es un concepto que abordó Henri Lefebvre en 1968, en un libro homónimo, tomando en cuenta el impacto negativo que sufrían las ciudades de economía capitalista al convertir la ciudad en una mercancía con el solo objeto de la acumulación y la multiplicación de la renta, desplazando a la gente del sentido esencial de la cuestión urbana y poniendo en su lugar el mercado y sus intereses. Los ciudadanos mutaron en consumidores, y el espacio público, en espacio de mercado. Toda actividad urbana y, sobre todo, el mismo territorio de soporte de la ciudad fueron atravesados por esta lógica, que en términos de conformación favoreció la dispersión y la fractura socioespaciales, *guetificando* la población por clases, en archipiélagos de segmentación social según las propias leyes del mercado, enclaves selectos para algunos, urbanizaciones anónimas y excluidas de todo umbral básico de servicios y derechos para otros. Como contrapartida, Lefebvre (1968/1969) aboga a través del derecho a la ciudad por “rescatar el hombre como elemento principal, protagonista de la ciudad que él mismo ha construido”. El derecho a la ciudad es entonces restaurar el sentido de ciudad, instaurar la posibilidad del “buen vivir” para todos y hacer de la ciudad “el escenario de encuentro para la construcción de la vida colectiva” (Lefebvre, 1968/1969). Podríamos aseverar que el gran desafío contemporáneo trata sobre los modos de construir ciudad en medio de un magma creciente de urbanización anónima y descontrolada.

Si consideramos la ciudad un organismo vivo complejo, podemos tener una aproximación a su concepción en términos ecológicos, ya que en sí misma constituye un ecosistema artificial y, como tal, posee un cuerpo sometido a dinámicas de transformación, intercambio y pérdida de energía de manera continua; su desorden y aparente caos, la lucha constante por un equilibrio frágil e inalcanzable es lo que

finalmente la mantiene viva. Como cualquier organismo, está sometida a las leyes de la naturaleza, la segunda ley de la termodinámica, por ejemplo, la entropía, la búsqueda permanente de la regulación térmica del sistema, aunque su equilibrio térmico implique la muerte. En todo sentido, la ciudad implica movimiento, una danza continua de flujos, intercambios, compulsas, comuniones, asociaciones y rupturas. Jane Jacobs (1961/2011) definió la ciudad de un modo cualitativo cuando dijo que una ciudad no son sus edificios, tampoco sus calles o sus infraestructuras, sino la interacción entre las personas, es decir, el espacio que resulta entre las cosas para dar cabida a la dimensión humana, y no el escenario aparente que se levanta ante nuestros ojos, pero ¿se puede acaso separar el espacio de interacción entre los individuos de todo aquel paisaje físico, histórico, social, cultural que le da forma, lo connota y le confiere sentido en el tiempo?

La ciudad como tecnoestructura

Milton Santos, en su libro *La naturaleza del espacio* (2002/2006), avanza en la definición de la ciudad a partir de estudiar la relación, mediada por la técnica, entre el hombre y el territorio. Expresa que la principal forma de relación que establece el hombre con el medio natural es a través de la técnica. La técnica es el vehículo de antropización del territorio, por lo que –desde un punto de vista geográfico– podemos definir la ciudad como una tecnoestructura que resulta de las interrelaciones esenciales del sistema de objetos técnicos con las estructuras sociales y las estructuras ecológicas. La ciudad en su conjunto se puede definir como una infraestructura de apropiación del territorio, donde la técnica constituye el medio, el nuevo medio “natural” que el hombre habita, su interfase para habitar colectivamente el planeta.

La aceleración en los avances tecnológicos –en especial, los referidos a la información– permitió incluso la paradoja de la “desterritorialización” de los procesos históricos de apropiación del territorio, como las actividades de producción, recreación, información, etc., lo que a su vez permitió aventurar la expansión de conceptos tendientes a dar espesor geográfico

a esas nuevas topografías urbanas del medio técnico avanzado. Existe una dimensión técnica que recrea y simula geografías artificiales, lo que sin duda transformará las relaciones entre la ciudad y su nuevo soporte. Esto nos lleva a preguntar: ¿La tecnoestructura es la nueva geografía urbana?, sobre todo cuando esa dimensión técnica y multiescalar de la infraestructura urbana tiene la capacidad de erigirse en un territorio virtual que enlaza procesos productivos de transformación material con relaciones inmateriales complejas, superponiendo a la dimensión espacial la sincronización de una dimensión temporal, lo que nos permite aventurar –como profesa el filósofo y urbanista Paul Virilio– que a la urbanización del espacio típica del siglo XX sobrevendrá la urbanización del tiempo en el siglo XXI.

La ciudad es una idea

Podemos asumir que la ciudad expresa en el espacio un paisaje nítido e insoslayable de los rasgos culturales y el comportamiento de la sociedad que la habita; allí se plasman las huellas inexorables del devenir histórico de una sociedad en relación con el territorio que la sostiene. Somos la ciudad que habitamos y, a la vez, la ciudad que habitamos nos enseña a ser y conformar una comunidad que se define por las formas particulares que adopta en el espacio. La ciudad nos expresa.

La ciudad es un fenómeno espacial de redes humanas, un trazado exponencial de superposiciones estratificadas en el flujo del tiempo, de tensiones, acciones, reacciones, sinergias que se producen entre el territorio que la soporta y la sociedad que la habita. Tal es la concentración de energía e intercambios –como un *big bang*– que la ciudad trasciende lo sólido de su constitución y trasmuta en una idea, particular y única, mucho más concreta que la materia que le da forma y gravedad, y esto acontece al pronunciar su nombre y evocarla. Tal vez sea esta la razón por la cual es tan difícil matar una ciudad. Pueden lanzarle una bomba atómica, y 30 años después, estará sobreviviendo. Muy pocas ciudades fracasan. Las ciudades se construyen, se destruyen y regeneran todo el tiempo, y al mismo tiempo, habitan la paradoja de la construcción de la identidad: para seguir siendo,

deben dejar de ser lo que eran o, lo que es lo mismo, para mantener una tradición hay que transgredir esa tradición.

La ciudad: el último recurso

En los últimos 200 años, las ciudades crecieron a tasas exponenciales con una tendencia irreversible que lleva hacia la consolidación de un mundo urbano, de tal forma que en la segunda parte del siglo XXI, el mundo estará completamente dominado por ciudades. Por caso, China prevé para los próximos 20 años la construcción de 300 nuevas ciudades. Se estima que en un futuro previsible hasta el 2050, cada semana, más de un millón de personas se va a sumar a las ciudades de todo el mundo. Un fenómeno extraordinario que afecta todo, y con efectos insospechados en todos los órdenes, fundamentalmente, con impactos ambientales de gran escala y su consecuente crisis de sostenibilidad.

Se puede considerar la ciudad como la máxima invención del hombre y, paradójicamente, exhibirse también como el exponente máximo de sus contradicciones, ya que en ella se desencadenan todos los procesos que hoy ponen en vilo el futuro de la humanidad. La naturaleza de la ciudad expresa una condición dual; es el problema, pero también representa el medio para su solución.

La crisis del mundo moderno es una crisis de civilización, consecuencia directa del modelo de desarrollo dominante, basado únicamente en el crecimiento económico sostenido y el consumo. El paradigma de desarrollo del capitalismo, impulsado exponencialmente por el avance de las tecnologías de la información, ha convertido todo el planeta en esta red sincronizada de producción y multiplicación del capital que se ha dado en llamar la ciudad/mundo, erosionando la relación armónica entre el hombre y la naturaleza, llegando a considerar la naturaleza como una externalidad económica de cualquier ecuación de multiplicación del capital, produciendo en el proceso desequilibrios catastróficos, muchos de los cuales se van tornando irreversibles: agotamiento de recursos, exterminio de especies animales, contaminación global, cambio climático (el que se prevé que modificará la

geografía de los continentes), nuevas enfermedades, migraciones masivas, crecimiento exponencial de las grandes urbes, etc.

Hoy, la problemática ambiental es tan crítica que interpela radicalmente la autoconformación del modelo basado exclusivamente en el desarrollo sostenido y el consumo. Esta crisis de civilización se origina y golpea principalmente en las ciudades, que son el epicentro de los colapsos ambientales. Las ciudades deberán mutar, lo que conlleva la emergencia de ensayar alternativas de nuevos modos de organización urbana, nuevas formas responsables de uso del territorio, basadas en principios éticos que preserven las condiciones de calidad de vida para la totalidad de sus habitantes y para sus descendientes, evitando fundamentalmente la escisión entre el modelo de desarrollo y los factores materiales que lo hacen posible.

Se vuelve imperante la necesidad de pensar nuevos modos de organizar la vida en nuestras ciudades y estas en el territorio, de concebir espacios que representen alternativas más eficaces de concentración de vida urbana para que sean lugares más inclusivos, equitativos, creativos y diversos, concordando con Paul Virilio (1996/1997) cuando afirma:

Si perdemos la ciudad, lo habremos perdido todo. Si recobramos la ciudad, lo habremos ganado todo. Si se trata de pensar una solución para hoy y el futuro, ésta pasa por la reorganización del lugar de la vida común. Tenemos que enfrentar el drama y la tragedia de la ciudad mundo, esa ciudad virtual que deslocaliza el trabajo y la relación con el prójimo.

Final abierto

La ciudad lo ocupa todo.

La ciudad cristaliza en el espacio los campos de fuerza de los poderes en juego.

Constelación compleja y dinámica que concentra la energía del territorio: lo acumula todo, lo multiplica todo, todo el tiempo, siempre en movimiento; equilibrio inestable sensible a los estímulos internos y externos, como un magma, un enjambre en suspensión de lo diverso.

Naturaleza, energía, materia, información, flujos, la concentración inusitada de personas, la acumulación exponencial de las cosas, la tensión entre ellas produce el conglomerado

material del artefacto, estas le confieren la categoría de un ente autorregulado, un organismo superior a sus partículas constitutivas, a la vez que es un generador poderoso del mundo simbólico donde la sociedad se desenvuelve.

La ciudad se construye a sí misma, controla lo que a la burocracia de la regulación se les escapa de control (casi todo). El sueño estatal de la planificación se asienta en algunos puntos, en algunos barrios, en algunas calles, como “cabezas de playa” en territorio enemigo. Todo el resto bulle con una energía y una velocidad depredadoras, lo informal agrieta la forma superficial de lo establecido, hay intersticios por todos lados.

En unos se cuele el capital, dagas de vidrio terso para el trampolín del dinero; en otros –por las grietas, a la sombra y en lo oscuro–, habitan los sumergidos; en el medio, los “nini” –ni tanto, ni tan poco–, a la mitad del cable de acero y por debajo el vacío. El infierno, ya lo dijo Sartre, es *la mirada de los otros*.

No por casualidad algunas profundidades abismales sostienen las crestas luminosas de los icebergs bajo el sol; el circuito del capital emancipado de cualquier poder –desterritorializado de cualquier geografía, ingravido, sin resistencia– se multiplica y se concentra.

Hay tantas ciudades en una ciudad como personas que las rememoran. Las ciudades nos rodean y se adhieren al cuerpo hasta confundirse y darles forma a nuestras experiencias de vida; las biografías de cada cual se miden en tiempos de vida en las ciudades. Finalmente, se tornan en las plataformas por donde tomamos contacto con la presencia de los otros y asimilamos el sentido del mundo.

La ciudad es la única forma de organización en el espacio que encontró el hombre para convivir con multitudes de otros semejantes. Desde el inicio, fue la usina de la civilización, vinculada al desarrollo de la creatividad, el arte, la economía, la política y la evolución del pensamiento en todos los órdenes. También se creó, entre otros fines, para amurallar esa civilización y protegerla de la barbarie. Hoy descubrimos en el seno de nuestras ciudades cómo convive la más abyecta barbarie con el más exquisito refinamiento alcanzado por el hombre. Tal vez porque nada ha quedado fuera de sus límites, porque finalmente lo fagocitaron todo –incluso

al punto de que la suerte de la humanidad quedó atada al futuro de sus ciudades–, no concebimos nuestro devenir sin ellas.

De cualquier manera y pese a todo, la ciudad es el dispositivo espacial donde habita la inteligencia colectiva; donde se producen por millones las sinapsis urbanas, la nube de redes neuronales y entrecruzamientos de información que reinventa nuestros patrones de conducta, nuestra jerarquía de valores y nuestros imaginarios colectivos; donde se gestan las promesas de solución a los callejones sin salida. Y así también desencadena nuestros miedos más profundos, nuestras miserias más irreproducibles, los riesgos más letales. Todo está allí, latente, un juego abierto de posibilidades, un caldo de cultivo impredecible, según el entramado de las contingencias, los embates del poder, la fragmentación sectaria de los intereses, las distintas voluntades organizadas para imponer sus órdenes en la distribución del espacio, las arquitecturas dominantes del azar, las de la materia y la energía, inclusive las que vendrán, la ciudad genérica y el montaje de la memoria: todo está allí, todavía, con final abierto.

Referencias

- Argan, G. C. (1984). *Historia del arte como historia de la ciudad*. Barcelona: Laia. (Trabajo original publicado en 1983).
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1961).
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península. (Trabajo original publicado en 1968).
- Rossi, A. (1998). *Autobiografía científica*. Barcelona: Gustavo Gili. (Trabajo original publicado en 1981).
- Santos, M. (2006). *La naturaleza del espacio*. San Pablo: Universidad de San Pablo. (Trabajo original publicado en 2002).
- Virilio, P. (1997). *Cibermundo: ¿Una política suicida?* Santiago de Chile: Dolmen. (Trabajo original publicado en 1996).